

BLUMIN

SEGUNDA PARTE



EDITOR

Caracterización general de la
escuela económica subjetiva

CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LA
ESCUELA ECONÓMICA SUBJETIVA

SEGUNDA PARTE

IZRAEL BLIÚMIN

Traducción directa del ruso
Víctor Carrión



Ediciones EDITHOR
Quito – Ecuador
2024



Izrael Grigórievich Bliúmin
(Rechitza 1897 – Moscú 1959)

*Textos Libres es una serie de textos que
Ediciones Edithor coloca a libre disposición
para su lectura y difusión.*

Título original: *Obschaya jarakteristika subiektivnoi shkoli.*

El texto se traduce del ruso según la versión publicada en: Bliúmin, I. G.: *Kritika burzhuaznoi politicheskoi ekonomii*, t. I, Editorial de la Academia de Ciencias de la URSS, Moscú, 1962, pp. 22-41.

Todas las citas han sido contrastadas con traducciones disponibles en castellano o con el texto en el idioma original (ver las notas al pie para los detalles).

CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LA ESCUELA ECONÓMICA SUBJETIVA

SEGUNDA PARTE

Izrael Bliúmin

3. TENDENCIAS FUNDAMENTALES DEL SUBJETIVISMO ECONÓMICO

La aplicación del método abstracto, naturalismo, individualismo, subjetivismo, el principio de escasez, punto de vista estadístico, tales son los momentos que unifican a todas las escuelas de los subjetivistas y que dan fundamento para que hablemos de la existencia de una sola escuela vulgar burguesa subjetiva. Pero al interior de esta escuela existen tendencias aisladas, ya que estas tienen divergencias muy significativas en cuestiones aisladas. Pasemos ahora a caracterizar sucintamente las tendencias más importantes del subjetivismo económico.

La particularidad básica de la metodología de la escuela austriaca consiste en su inclina-

ción a ofrecer una teoría de la valía¹, libre de cualesquier círculos lógicos. El principal obstáculo con el que choca la teoría subjetiva de la valía está en que las valoraciones subjetivas de los compradores y vendedores que (como valoraciones) deben yacer en la base de los precios están determinadas por el propio precio; en consecuencia, de los fenómenos económico sociales. Esta circunstancia no es casual. Es la manifestación del hecho de que la economía privada es uno de los elementos de la economía social, que esta dependen de los procesos sociales, que encuentran su expresión en el mercado. Si rechazamos, como lo hacen los austriacos, la dependencia de la economía individual del mercado, entonces viene a ser incomprensible de qué modo existe la economía mercantil, de qué modo se logra en esta última una proporcionalidad, aunque sea proxima, en

1 Bliumin realiza una sutil distinción entre la teoría del valor de los subjetivistas y la teoría valor trabajo (de Marx y los clásicos), al referirse a la teoría subjetiva siempre utiliza el término “ценности” (*tzennosti*), mientras que al hablar de la teoría de Marx y los economistas clásicos recurre a la clásica traducción rusa de *Werth*: “стоимости” (*stoimosti*). En ruso, tanto “ценности” (*tzennosti*) como “стоимости” (*stoimosti*) significan “valor” y pueden usarse como equivalentes del inglés *value* y del alemán *Werth*. Con el fin de transmitir esta diferenciación hemos decidido verter *tzennosti* como “valía” y *stoimosti* como “valor”. (*N. del trad.*)

números aproximados, entre las diferentes ramas de la producción social.

¿Cómo podría ocurrir la adaptación de la producción social a las necesidades sociales si los productores y consumidores aislados no escuchasen la voz del mercado, si no construyesen sus valoraciones con base en los precios mercantiles? La dependencia de las valoraciones subjetivas individuales de los precios mercantiles es expresión de que la economía mercantil no es la suma de economías aisladas individuales, sino su interacción. De abstraernos de esta dependencia, entonces obtendremos un cuadro internamente contradictorio: la economía mercantil es la suma de las economías naturales individuales. Este cuadro se correspondería en algo con la realidad solo en caso de que tomemos la economía de intercambio primitiva, cuando predominaba la economía natural, cuando los productores aislados intervenían en el intercambio azarosa y no sistemáticamente. Por eso, los austriacos se precipitan con mucho gusto a la esfera del intercambio primitivo, donde la valía de consumo es el estímulo fundamental de la actividad económica, donde la dependencia del productor o del consumidor ante el mercado es muy intrascendente.

Aunque es evidente que entre semejante economía de intercambio primitiva y la economía capitalista desarrollada existe una distancia de dimensiones muy significativas. Sin importar cuan poca atención los austriacos han puesto en el análisis de las particularidades de

las formaciones económicas aisladas, no podían pasar por alto las llamativas contradicciones entre la realidad capitalista y su particular teoría, basada en el análisis del intercambio primitivo. Y Böhm-Bawerk se ve forzado, en una serie de pasajes, a reconocer que con el paso al intercambio desarrollado, sistemático, tesis aisladas de la teoría de la utilidad marginal sufren una modificación. Aquí chocamos con la contradicción fundamental de la escuela austriaca. Esta contradicción radica en que la escuela austriaca, de una parte, intenta brindar una teoría desplegada de la oferta y la demanda, y de otra parte, se esfuerza por construir una teoría monista. Existen contradicciones inevitables entre estas tendencias, pues la teoría de la oferta y la demanda fundada en la premisa de la codependencia entre el precio y la oferta y la demanda, y la teoría monista, consecuentemente subjetiva, que intenta convertir esta dependencia bilateral en unilateral y considera a los precios de modo exclusivo como un factor derivado. La teoría de la oferta y la demanda parte de la existencia de la interacción entre distintos factores, incluyendo los factores técnico productivos y los factores psicológicas, y la teoría consecuentemente subjetiva intenta establecer la unidad del factor final de la formación de precios. La contradicción dada interviene como contradicción entre la esencia de la teoría austriaca y su apariencia externa. La teoría austriaca externa entra a escena como una teoría de los precios plenamente consecuente, monista, que ofrece una explica-

ción causal. Por esencia, esta es en sí una nueva forma de la teoría vulgar. Esta contradicción se expresa en la inclusión de una multitud de concesiones, reservas, correcciones a la teoría económica fundamental de los austriacos. El pensamiento de estos últimos se agita entre la Escila del subjetivismo consecuente y la Caribdis de la teoría de la oferta y la demanda. Pero, en todo caso, esta tendencia al monismo, al subjetivismo consecuente deja su marca en toda la concepción de los austriacos, le otorga un estilo particular a su doctrina. De allí el particular aislamiento de la vida de todos sus esquemas y construcciones, el carácter no acabado del análisis económico que siempre se interrumpe en los puntos más esenciales.

La escuela matemática (o de Lausanna) es de gran interés ya que es el eslabón mediador, la etapa de transición de la escuela austriaca a la escuela angloamericana. Los matemáticos parten de las mismas premisas generales que los austriacos. Los matemáticos también proponen, en primer lugar, el principio de escasez y también parten de premisas estadísticas. Pero ofrecen un análisis más pleno y acabado, al tiempo que revelan la imposibilidad de erigir una teoría monista y consecuentemente subjetiva. Aunque los matemáticos no se plantearon el objetivo directo de brindar una crítica desplegada de la doctrina de la escuela austriaca, pero ellos demostraron de hecho que las conclusiones de los austriacos son erróneas desde el punto de vista de sus propias premisas. La idea central en el sistema de la escuela mate-

mática es la idea de la codependencia de todos los factores de la formación de precios y del precio de todas las mercancías. Al tiempo que los austriacos consideran en aislamiento la demanda de cada mercancía por separado e intentan establecer por esta vía las valoraciones de las mercancías aisladas, los matemáticos consideran necesario examinar el consumo de todos los productos en su conexión mutua. Por eso, ellos consideran la demanda de toda mercancía como función del precio no solo de esa mercancía, sino de todas las otras mercancías, consumidas en la economía dada. Merced al reconocimiento del principio de codependencia, los matemáticos se colocan en un punto de vista más amplio que los austriacos. Los matemáticos demuestran con sus análisis que la investigación de los austriacos no es conducida a su fin lógico. Así, por ejemplo, los matemáticos arriban de facto a la negación del rol regulador de la utilidad marginal. Demuestran que la utilidad marginal del bien depende de su cantidad, y esta última, a su momento, depende de su precio. En ligazón con esto se establece la codependencia entre el precio y la utilidad marginal. Más adelante, los matemáticos llegan a la negación del rol regulador del comprador marginal. El precio depende de la función de oferta y demanda de los partícipes aislados del intercambio. Estas mismas funciones suponen la dependencia de la importancia concreta de la oferta y la demanda del nivel de los precios existentes. Quien interviene en el rol de comprador marginal depende del precio de merca-

do. Precisamente así, los matemáticos niegan de facto el rol regulador del producto marginal. La utilidad marginal del producto marginal depende de su cantidad, y esta última de los costos conjugados con su producción. De allí resulta que no es posible deducir la valía de los bienes productivos a partir de la valía de algún producto marginal, sino que es necesario considerar la valía de los bienes productivos y de consumo en su codependencia. La peculiaridad de los matemáticos consiste en que estos recalcan la codependencia de distintos factores de la formación de precios y al mismo tiempo demuestran la imposibilidad de reducir la teoría de la oferta y la demanda a un solo fundamento.

Es necesario notar que la escuela matemática sufrió una consabida evolución que fortaleció, a medida que desarrolló sus ideas, las diferencias entre esta escuela y la escuela austriaca, mientras que los matemáticos tempranos (por ejemplo, Leon Walras a diferencia de Pareto y Cassel) eran bastante cercanos a los austriacos. No en vano, se considera que la doctrina de Menger y Walras están emparentadas, no en vano se habla de la variante matemática de la teoría de la utilidad marginal. Los matemáticos tempranos, como Walras, son un de un interés particular, pues aquí tenemos una mayor cercanía a la forma austriaca de subjetivismo inconsecuente y al mismo tiempo tenemos el primer alejamiento de la tendencia a un psicologismo consecuente. Walras es próximo a los austriacos y distinto de los matemáticos

posteriores en los siguiente cuatro momentos:

- a) reconocimiento del método causal: Walras habla de las causas de la valía e intenta definir las;
- b) opera con los primitivos excedentes de intercambio: el vendedor se esfuerza por realizar esa cantidad de mercancías con las que puede obtener la mayor suma de utilidad, la utilidad máxima;
- c) el afán de deducir la función de la demanda de la función de la utilidad y allí mismo construir una teoría tal que no deduce ningún precio de otros precios;
- d) la afirmación de que la valía de los bienes productivos está condicionada por la valía de los bienes de consumo.

Pero es necesario notar que entre la teoría económica de los austriacos y la teoría de Walras existen, con todo, diferencias muy significativas. Aunque en Walras observamos cierta tendencia a construir una teoría subjetiva consecuente, esta tendencia tiene en él importancia secundaria, no es lo dominante, no crea el estilo de su obra. Aunque Walras habla de las causas de los precios, a él lo que más le interesa es la codependencia funcional de los distintos precios. Aunque Walras habla en un pasaje de la primacía del precio de los bienes de consumo, esta, de hecho, juega en su sistema, en sus ecuaciones de bienes productivos y de consumo un rol equitativo. En los discípulos de Walras tenemos un proceso de erosión paulatina de esta tendencia al monismo y al subjetivismo consecuente. La primacía del análisis funcional es subrayada con toda la fuerza por los matemáticos tardíos que declararon que todos los intentos de cons-

truir una teoría monista de la valía carecían de salida y de sentido.²

De tal modo, la diferencia fundamental entre la escuela austriaca y la escuela matemática está en que la primera es defensora consecuente del subjetivismo, y la segunda aduce, en lo principal, el método funcional. La escuela angloamericana se solidariza en esta cuestión con la escuela matemática, pero la metodología de ambas escuelas no coincide del todo. La peculiaridad básica de la escuela angloamericana consiste en su idea de los costos de producción, su enfoque del problema de la producción. Para los austriacos y matemáticos es característico un singular abordaje consumista. Los matemáticos tardíos (como Pareto, Cassel) usualmente consideran necesario dar inicio su análisis con la consideración de la economía productiva. Los matemáticos adscriben en general una enorme importancia a las escalas generales de los recursos productivos y estiman la magnitud de estos recursos como una de las condiciones decisivas de la formación de precios. El enfoque consumista de los austriacos y matemáticos estriba en que ignoran los intereses específicos de los productores. Ellos (austriacos y matemáticos) estiman que el trabajo

2 Entre los viejos economistas vulgares, la negación de la posibilidad de la construcción de una teoría monista la encontramos en Bailey (Bailey, S.: *A critical dissertation on the natura, measures and causes of value*, Londres, 1825, p. 203 - 204, 231).

es un bien productivo a la par con los medios de producción. El proceso de producción es examinado por ellos como un proceso de transformación de unos bienes productivos en otros. Bajo tal enfoque, se disuelven todas las diferencias entre los factores personales de la producción y los factores cósmicos; o, más exactamente, consideran al factor personal como un factor cósmico. Aquí se desoye la circunstancia de que en el proceso productivo participa la personalidad humana viva, cuyos intereses se ligan de manera poderosa con la producción.

A diferencia de los austriacos y matemáticos, los angloamericanos separan al factor personal de la producción. Por eso, ellos ponen gran atención a la elucidación de los servicios personales, los sacrificios personales de la producción. Puesto que los angloamericanos interpretan muy ampliamente el concepto de productores. Incluyen aquí no solo a los obreros, sino también a los capitalistas. El sacrificio de los obreros consiste en que ellos trabajan, experimentan cansancio y otras sensaciones desagradables ligadas con el trabajo, absteniéndose del descanso. Los "sacrificios" de los capitalistas consisten en que estos se abstienen de despilfarrar sus capitales, consintiendo en esperar largamente por los resultados del proceso productivo. Por eso, desde el punto de vista de los angloamericanos, el precio debe ser suficiente para compensar estos sacrificios de los productores creando en estos últimos estímulos suficientes para participar en el proceso productivo. En ligazón con esto, en los angloa-

americanos la característica subjetiva de los sacrificios de obreros y capitalistas, es decir, los esfuerzos de los obreros, la abstinencia o espera de los capitalistas, entra en escena como un factor nuevo y muy importante de la formación de precios. De allí viene a ser comprensible que en el sistema de los angloamericanos la teoría de la distribución ocupa un lugar más prominente que en el sistema de los austriacos y matemáticos.

En los austriacos la teoría de la distribución es un caso parcial de una teoría más general de la imputación que investiga las leyes de la valía de todos los bienes complementarios. Esta teoría investiga por igual tanto a los principios de la distribución de la valía del producto entre el trabajo y el capital como a los principios de la división de la valía conjunta de los elementos que contribuyen a la escritura como la mano, la pluma, la tinta y el papel. En los matemáticos, el problema de la distribución ocupa un lugar más prominente, pero, con todo, este interviene solo como un caso particular de la teoría general de los precios, a saber, como la teoría de los precios de los bienes productivos. Ya que los matemáticos los estiman solo como factor cosico, no les interesan las condiciones específicas de la reproducción de estos factores. Así, por ejemplo, el obrero debe obtener un salario igual a su productividad marginal, independientemente de si este salario garantiza o no una existencia aunque semihambrienta del obrero en cuestión. El capitalista, según la doctrina de los matemáticos,

debe hacerse de un interés o una ganancia, independientemente de si esta ganancia hace o no posible una acumulación ulterior. En cuanto la teoría de la distribución es la doctrina de los ingresos obtenidos por los partícipes aislados del proceso productivo es que esta ocupa un lugar más prominente en el sistema económico de los angloamericanos, que le otorgan mayor importancia al factor personal de la producción. La mayor originalidad de los angloamericanos se manifestó no está en el área de la teoría de la valía, sino en el área de la teoría de la distribución. Ellos no solo le prestaron mucha atención a la cuestión de la oferta de trabajo y capital, sino que también elaboraron muy detalladamente la teoría de la demanda de trabajo y capital. La teoría de la productividad marginal fue elaborada en las obras de los economistas estadounidenses.

Al examinar la doctrina de los angloamericanos es posible plantearse las siguientes preguntas: ¿existe o no una profunda diferencia entre las premisas iniciales de los angloamericanos y otras tendencias de la escuela subjetiva? ¿No deben los angloamericanos desembocar en la negación decidida del rol del principio de escasez? En nuestra opinión, no existe fundamento para tales conclusiones. Los angloamericanos no niegan la escasez de los factores productivos. Al contrario, ellos señalan nuevas circunstancias que pueden reforzar esta escasez. La cuestión es que, desde el punto de vista de los angloamericanos, la escasez de los recursos productivos es resultado no solo de que

se tiene un número limitado de obreros, una magnitud limitada de capital, sino también de que entre los obreros existen estímulos insuficientes para trabajar y entre los capitalistas existen estímulos insuficientes para aplicar productivamente su capital. En otras palabras, los angloamericanos estiman que la escasez es un hecho, condicionado no solo por los factores objetivos, sino también subjetivos. Como veremos más abajo, al caracterizar la teoría de la valía de Marshall, la expresión subjetiva de los costos juega aquí el rol de ser solo uno de los factores que modifican la escasez general de los recursos productivos.

También es necesario añadir que aunque los angloamericanos recalcan la codependencia de los distintos factores de la formación de precios, estos no notan otra codependencia que ocupa un lugar destacado en las obras de los matemáticos, a saber, la codependencia entre las distintas mercancías y sus precios. A semejanza de los austriacos, los angloamericanos consideran en aislamiento la demanda de las mercancías individuales. Por eso es posible establecer una serie de puntos de contacto entre las teorías de la demanda de la escuela austriaca y la escuela angloamericana. La diferencia entre estas escuelas radica en que en los angloamericanos el precio de demanda aunque usualmente se denomina de utilidad, interviene predominantemente como categoría de la valía, mientras que en los austriacos esta siempre se presenta con vestimentas psicológicas, como una categoría puramente subjetiva

que no tiene vínculo alguno con el sistema de precio de mercado.

De las diferencias arriba señaladas entre las distintas tendencias en la escuela subjetiva emanan algunas distinciones derivadas. Así, por ejemplo, los representantes de las distintas tendencias realzan el rol regulador del principio de la oferta y la demanda con desigual claridad y franqueza. En los austriacos, el rol regulador de este principio se esfuma merced a numerosas excursiones en el área de la psicología individual. La teoría de la valía subjetiva que solo es un apéndice de la teoría de los precios crece monstruosamente a escalas tan significativas que oculta tras de sí una parte esencial del sistema austriaco. El principio de la oferta y la demanda entra en escena solo como una premisa silenciosa de la teoría de los precios. En los matemáticos, el rol regulador del principio de la oferta y la demanda interviene de manera significativamente clara. Walras da inicio a su teoría de los precios con el establecimiento de esta ley. Luego para la explicación de los factores, que regulan la función de la demanda, pasa al análisis de la utilidad marginal y la función de utilidad. No obstante, en los matemáticos aún existe una corriente bastante fuerte de psicologismo y a la par con este principio presentan otros más (por ejemplo, el principio del máximo). En los angloamericanos el rol dominante de la ley de la oferta y la demanda interviene en una forma más descarada. Todo este sistema teórico se reduce al análisis de las fuerzas que actúan en uno u otro aspec-

to. En conexión con esto, obtenemos una teoría dualista vulgar de los precios (los factores finitos reconocen a la demanda y los costos), los salarios (la productividad marginal y el *standard of life* [nivel de vida]), el interés (la productividad marginal y la abstinencia marginal), etc.

En ligazón con esto, podemos establecer otra diferencia entre las tendencias básicas de la escuela subjetiva. Esta diferencia consiste en el peso específico desigual del psicologismo. En los austriacos, el psicologismo (análisis de las necesidades y utilidades) resalta en primer plano. Es posible considerar a la escuela austriaca como una forma de psicologismo más consecuente. Los austriacos colocan en la base de su investigación a la teoría del consumo. En el examen de estos últimos tiene lugar una abstracción de todas las categorías sociales, por ejemplo, el precio. Del análisis de las necesidades se deduce la teoría de las valoraciones subjetivas: la teoría de la utilidad marginal; de las valoraciones subjetivas, a su turno, se deduce la teoría del precio. El psicologismo se manifiesta en su forma más vivamente anti-científica en Böhm-Bawerk. En la teoría de los precios de Menger (si se toma su esquema de la competencia bilateral) se supone tácitamente que la magnitud de la demanda y, en consecuencia, el nivel de la utilidad marginal dependen de los precios de mercado. Los matemáticos ocupan una posición intermedia. Aún le conceden mucha atención al análisis psicológi-

co. Basta con señalar el importante rol que le concede la segunda ley de Gossen y el teorema de proporcionalidad de los precios y las utilidades marginales. Pero, no obstante, la teoría de la utilidad figura abiertamente solo como una parte auxiliar con relación a la teoría de la demanda. El rol del psicologismo es aún más modesto en los angloamericanos que habitualmente anteponen a su teoría de la demanda algunas tesis fragmentarias y breves sobre la teoría de la utilidad. Siendo de notar que de modo totalmente franco, unas pocas páginas después, la utilidad es sustituida por el precio de demanda. Por eso, es posible colocar estas tres escuelas vulgares en una hilera según el rasgo del rol creciente o menguante del psicologismo.

4. LA DOCTRINA DEL CARÁCTER ESCASO DE LOS BIENES PRODUCTIVOS

Los subjetivistas dan inicio a su análisis con la consideración de la teoría estadística, es decir, la teoría que estudia la economía estacional. Clark es quien da la caracterización más detallada de la economía estacionaria. Este último enumera cinco rasgos: inmutabilidad de la magnitud de la población, de la magnitud del capital, de los métodos técnicos de la producción, de la organización de la producción y del carácter del consumo. La mayoría de los subjetivistas estima que la teoría de la dinámica

económica es un escalón de análisis secundario, al que el economista solo pasa después de un estudio detallado y multilateral de la estadística económica. No nos detendremos aquí en una crítica detallada de la doctrina de la estadística y la dinámica. Examinamos solo una cuestión que se vincula muy estrechamente con el planteamiento estadístico de los subjetivistas, que es justamente la cuestión de la escasez de los factores productivos elementales. Se entiende por factores productivos elementales a factores que no pueden incrementarse en su cantidad con ayuda de la aplicación de otros factores. En consecuencia, esto se refiere al trabajo y las fuerzas naturales, por ejemplo, la tierra. Algunos economistas burgueses también colocan aquí a la abstención o espera del capitalista como un nuevo factor autónomo de la producción. Así, la tesis de la escasez de los factores de producción elementales es otra expresión de la tesis de una serie de economistas burgueses sobre lo limitado de los recursos productivos básicos de los que dispone una sociedad. Esta tesis obtuvo su expresión más clara en Cassel.

Él parte de la premisa de que la cantidad de bienes productivos está dada. Por eso el precio de estos bienes está determinado en lo fundamental por la correlación de oferta y demanda. La demanda de un bien productivo depende de la demanda de los bienes de consumo. Aquí se manifiesta la influencia de estos últimos. Pero, por otra parte, la demanda de los bienes de consumo depende de su precio que, a su mo-

mento, depende del precio de los bienes productivos. Esto evidencia la influencia de los momentos técnico productivos. Partiendo de aquí, Cassel establece la codependencia entre los bienes productivos y de consumo.

La argumentación de Cassel es extremadamente característica y típica, en particular, para los matemáticos. La idea central de los matemáticos es la idea anticientífica del carácter constante de los factores productivos primarios (por ejemplo, tierra y trabajo). Estos factores primarios deben tener un precio, como todos los demás. Ya que existen en cantidad limitada, su precio está determinado con base en la oferta y la demanda. El precio de los factores productivos primarios está determinado por el precio de los factores secundarios, y el precio de estos últimos por el precio de los bienes de consumo. De tal forma, la teoría de la demanda y la teoría de los costos de producción no son vistas como dos teorías hostiles. La teoría de la demanda se transforma en la base y la teoría de los costos en la superestructura.

Es necesario notar que esta idea central del carácter constante de los factores primarios también es el punto de partida de la teoría de los precios de los austriacos. Está se hizo de una expresión bastante clara en Böhm-Bawerk.³ Este último señala que la valoración

3 Böhm-Bawerk, E.: Wert. "Handwörterbuch der Staatswissenschaften", Aufl. 4, Bd. VIII, Jena, 1918, S. 999-1005.

subjetiva (y, en consecuencia, los precios, desde su punto de vista) solo estaría determinada directamente por los gastos de trabajo, si la cantidad de trabajo que, en general, pueden gastar el sujeto dato, lograse crecer hasta el infinito. Pero en vista de que usualmente la extensión de la jornada laboral es una magnitud determinada, la cantidad de trabajo tiene una magnitud fija o insuficientemente elástica. En ligazón con esto, el trabajo debe considerarse como un bien escaso. Su valía (subjetiva y objetiva), según Böhm-Bawerk, está determinada con base en la utilidad marginal del producto marginal.

De tal forma, tenemos evidencia de sobra del punto de partida común de las escuelas austriaca y matemática en la doctrina del carácter limitado de los bienes productivos primarios y, con base en esta premisa, de la teoría de los precios de monopolio o la teoría de la oferta y la demanda. La diferencia entre ambas escuelas consiste únicamente en el método de empaquetamiento de las teorías de la demanda y de los costos de producción. Los matemáticos intentan explicar todo con base en la oferta y la demanda; los austriacos, que intentan deducir la teoría de la demanda de la teoría de la utilidad (o de las necesidades), naturalmente, colocan en la base de su análisis la teoría de la utilidad. Como hemos visto, esta idea tampoco es ajena a la escuela angloamericana.

La premisa del carácter invariable de los factores productivos primarios obtiene una expresión distintiva en varios representantes de

la escuela matemática. Esta premisa se expresa de modo más distintivo en Cassel. Él supone que para un periodo dado la magnitud de la oferta de bienes productivos es constante. Walras estima la existencia de los bienes productivos (o, según su terminología, capitales) como una magnitud constante, pero la oferta de estos bienes puede variar en dependencia del crecimiento o decrecimiento de su consumo por los compradores de este bien.

Al basarse en esta premisa, la teoría de los precios de los matemáticos tiene un contenido muy modesto. Por una parte, existe una curva de demanda determinada: cada precio mercantil dado de una mercancía aislada corresponde a una determinada magnitud de la demanda. La curva de la demanda de mercancías de consumo está determinada por la curva de la demanda de mercancías productivas. Por otra parte, existe una magnitud determinada de oferta que no depende en absoluto, o solo depende parcialmente, de los precios. En este caso, el precio establecido en un nivel en el que la demanda, determinada sobre la base de curvas o funciones de la demanda, será igual a la oferta dada.

¿Es posible o no hablar de la escasez de estos medios de producción? ¿Existe o no la escasez en la realidad? Esta escasez expresa, por esencia, la presencia de fronteras objetivas de la producción. Tales fronteras, indudablemente, existen en cada momento dado. Ellas están definidas, en primer lugar, por el estado del aparato productivo y la cantidad de fuerza de

trabajo. Por supuesto, es posible ampliar la producción bajo una cantidad de población dada hasta determinados. Así, la jornada laboral puede incrementarse, puede reforzarse la intensidad del trabajo, la porción de la población trabajadora puede incrementarse a cuenta de la incorporación en la producción de los más jóvenes y los más viejos. Pero, evidentemente, sin importar cuánto se alargue la jornada de trabajo, cuánto se refuerce la intensidad del trabajo, cuánto se incremente el porcentaje de población trabajadora, en cada momento dado existe una frontera máxima de la producción.

La depravación de la posición de los subjetivistas no radica en que estos reconocen esta escasez o limitación, sino en que estos las convierten en punto de partida de su análisis. Si nos ocupamos del análisis de la economía estacionaria, si tomamos un sistema inmóvil o consideramos al sistema en movimiento solo desde el punto de vista del instante dado, entonces la escasez interviene como momento primicial y es una magnitud dada. La situación cambia cuando pasamos a examinar la economía dinámica; cuando estudiamos un sistema económico en movimiento. Evidentemente, en este caso la escasez de los medios de producción elementales o, dicho de otro modo, las fronteras objetivas del proceso de producción entran en escena como un hecho derivado. Las fronteras objetivas de la producción cambian en conjunto con el desarrollo de las fuerzas productivas. Este entronque tiene carácter di-

recto y indirecto. Así, por ejemplo, las fronteras de la producción dependen de los recursos naturales. Estos últimos pueden mantenerse inmutables, pero la posibilidad de utilizar estos recursos cambia junto con el desarrollo de las fuerzas productivas, por ejemplo, el mineral de hierro yació inútil mientras no se encontraron los métodos de transformación de este mineral en hierro. Precisamente así, la dinámica de la población depende de las condiciones técnico productivas y sociales. Todo modo de producción tiene sus propias leyes de población. En la sociedad, donde predomina la técnica primitiva, el crecimiento de la población choca con dificultades insuperables en forma de insuficiencia de medios de subsistencia y surge como resultado una sobrepoblación absoluta. En la sociedad capitalista el movimiento de la población está determinado por sus leyes autónomas. Evidentemente, el cambio del aparato técnico productivo de la sociedad, es decir, todo el utillaje, es el resultado directo del desarrollo de las fuerzas productivas. De tal modo, la dinámica de las fronteras máximas de la ampliación de la producción depende de la dinámica de las fuerzas productivas, puesto que esta última está condicionada por los cambios del aparato técnico de la sociedad, la utilización de los recursos naturales, la modificación de la cantidad de la fuerza de trabajo.

A la par de esto también pueden existir fronteras más estrechas de la expansión de la producción que están condicionadas por la estructura socioeconómica, por el carácter de las re-

laciones de producción. Es sabido que, por ejemplo, el modo de producción capitalista ni de lejos puede utilizar todas las posibilidades productivas a su disposición. Como señala Marx: “El *verdadero límite* de la producción capitalista lo es *el propio capital*; es éste: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, con motivo y objetivo de la producción, que la producción sólo es producción para el *capital*, y no a la inversa”⁴. “Pero periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia. Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y el plusvalor contenidos o encerrados en ellas, bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista y reconvertirlo en nuevo capital, es decir para llevar a cabo este proceso sin explosiones constantemente recurrentes.”⁵ El desarrollo de las relaciones de producción, a su momento, está definida en última instancia por el desarrollo de las fuerzas productivas. De tal modo, si consideramos los fenómenos económicos en su movimiento, entonces viene a ser comprensible que es menester estimar la escasez de los medios de producción elementales en cada momento dado como resultado del desarrollo de

4 Marx, Karl: *El Capital*, Libro Tercero, v. 6, Siglo XXI, CDMX, p. 322.

5 *Óp. cit.*, p. 332.

las fuerzas productivas que le precedió y el sistema existente de relaciones de producción.

Precisamente así como la insatisfacción del consumo, que los subjetivistas consideran como la arista inversa de la limitación de los recursos productivos, es un hecho derivado. La cuestión es que nuestro consumo no resta inmutable, este cambia junto con el desarrollo de la producción. Como señala Marx: “No es únicamente el objeto del consumo sino también el modo de consumo, lo que la producción produce no sólo objetiva sino también subjetivamente.”⁶

Es necesario notar que el carácter del consumo, por otra parte, está determinado por la situación social del consumidor, la magnitud de sus ingresos, es decir, depende de la distribución del valor producido recientemente entre la clase obrera y los capitalistas, y también de la distribución de la plusvalía entre las categorías aisladas de los capitalistas. Todos estos momentos, a su momento, están condicionados, y a fin de cuentas, son momentos técnico productivos, es decir, el movimiento de las fuerzas productivas.

De tal modo, la primacía del principio de la escasez en los subjetivistas emana lógicamente de un punto de vista vulgar que se contradice con la realidad. De allí es que llega a ser comprensible porque matemáticos y austriacos po-

6 Marx, Karl: *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, CDMX, 2008, pp. 291-292 [traducción de León Mames].

nen un signo de igualdad entre los factores vivos y muertos de la producción. En la categoría de los medios elementales de producción ingresan simultáneamente tanto lo vivo, proceso inmediato del trabajo, y las cosas, o productos del trabajo y, finalmente, los dones de las fuerzas naturales. El trabajo vivo es el único factor activo de la producción. Este crea toda la riqueza material del mundo, este se acomoda a la naturaleza muerta. En oposición a estos hechos indiscutibles, Cassel considera que la cantidad de gastos de trabajo debe estimarse como una cantidad dada e inmutable, como la cantidad de máquinas, materias primas y recursos naturales. Bajo este enfoque desaparece la diferencia principal entre los factores activos y pasivos de la producción.

5. ANÁLISIS CAUSAL Y ANÁLISIS FUNCIONAL

En el inicio de este capítulo establecimos que entre las teorías de los economistas matemáticos y la escuela angloamericana, a pesar de sus discrepancias en una serie de cuestiones, existe una retahíla de puntos de convergencia. Un rasgo fundamental que es común a los representantes de estas dos tendencias es el rechazo a erigir una teoría monista. La utilidad marginal es despojada de su corona al establecer que los momentos subjetivo individuales y técnico productivos tienen los mismos derechos. En lugar del monismo se impone el pluralismo. El eclecticismo camuflado, cauto y pu-

doroso de los austriacos es sustituido por un eclecticismo totalmente descarado. Los matemáticos y los angloamericanos le dan al eclecticismo teórico económico una expresión más acabada, transformándolo en un dispositivo metodológico básico, en el criterio básico del conocimiento científico de los fenómenos económicos. Se declara que los intentos de construir una teoría monista, los intentos de descubrir un fundamento finito de los precios son utópicos y quiméricos, basados en la ignorancia. En realidad, solo existe la interacción de los factores autónomos que se influyen unos a otros, suscitando cambios mutuos, pero que no se encuentran en una relación de causa y efecto. Por estas y otras razones es que se oponen a la obligación de buscar dependencias causa-efecto entre las categorías económicas aisladas. Se proclama que el método causal es anticuado y no científico. Este es sustituido por el método de investigación de las dependencias funcionales entre elementos aislados del sistema económico. El reconocimiento de la necesidad de modificar la metodología en esta dirección es un lugar común en las obras de los economistas del subjetivismo inconsecuente.

Así, Schumpeter escribe: "Para mayor precisión no debemos hablar de 'causas' de los fenómenos, sino de dependencias funcionales entre los mismos. El concepto matemático minuciosamente elaborado de función tiene un contenido claro, que no suscita dudas, lo que no puede decirse del concepto de causalidad.

Cuál es la 'médula' de los elementos aislados de nuestro sistema y porqué son tales y no otros, porqué algún sujeto económico posee justamente esta y no otra cantidad de pan; no es posible proseguir así hasta la mismísima 'causa primera'. Todo esto lo asumimos como dado y vemos que las conclusiones concretas de la ciencia proceden de conocidas dependencias mutuas (*Wechselbeziehungen*), y no de vínculos causales."⁷

Pareto sostiene con particular energía la necesidad de sustituir el análisis causal por el análisis funcional. Usualmente se considera que la excepcional complejidad de los fenómenos sociales en general y de los fenómenos económicos en particular es el obstáculo más poderoso para la aplicación del método matemático. Pareto tiene otro punto de vista. Él considera que la excepcional complejidad de los fenómenos económicos expresada en la interacción de factores numerosos y variados, hace necesaria la aplicación del método matemático. Él escribe: "El problema de la extraordinaria complejidad de los abundantes datos fácticos y su codependencia particular. Esta última es una circunstancia que hace inútil a la lógica cotidiana al elevarse por encima de los primeros elementos del sistema analizado; aquí, en consecuencia, hay que valerse de una lógica especial, adaptada a este género de pesquisas,

7 Schumpeter, J.: *Das wesen un der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, Leipzig, 1908, S. 47.

es decir, valerse de la lógica matemática.”⁸ ¿Por qué no es posible utilizar la lógica habitual no matemática? ¿Por qué el método matemático es el único método que está en condición de salvar todas las dificultades teóricas más importantes? Pareto da la siguiente respuesta a esto: “La lógica cotidiana es lo suficientemente adecuada para el estudio de las simples relaciones causales, pero esta viene a ser inútil tan pronto la cosa trata de las relaciones de dependencia.”⁹ Pareto se relaciona de un modo más que desdeñoso con la explicación causal de las categorías económicas. El concepto de “causa”, en la figuración de Pareto, es producto del animismo: “Este es un fenómeno del mismo orden que la animación, encarnación, por el ser humano de conocidos objetos y fenómenos materiales.”¹⁰ Pareto estima que el más grande error de su maestro Walras es que este último no pudo liberarse del fetichismo de la causa y creyó posible examinar a la utilidad marginal como causa de los precios. En su lucha contra el análisis causal, Pareto llega a calificar todo intento de determinar la causa de los precios como una manifestación de ignorancia económica. “Y puede decirse de aquí en adelante que todo economista, que busque la causa de los precios, desnuda él mismo su total incompre-

8 Pareto, V.: *Manuel d'économie politique*, París, 1927, p. 146.

9 *Ibid.*, p. 247.

10 *Ibid.*, p. 42.

sión de los fenómenos sintéticos del equilibrio económico.”¹¹

Marshall era un partidario consecuente de la aplicación del análisis funcional. Es conocida su afamada equiparación de la oferta y la demanda con dos cuchillas de tijera. La cuestión de qué es causa y qué efecto, los costos de producción o la utilidad, es para Marshall tan insensato como la cuestión cuál de las cuchillas de la tijera es causa y cuál efecto.

Pero, como regla, el costo de la producción de una cosa no es fijo: la cantidad producida y su valor normal deben verse como determinados en simultáneo bajo la acción de las leyes económicas.

Por ende es incorrecto decir, como lo hace Ricardo, que el costo de producción es el único que determina el valor: pero no es menos incorrecto hacer de la sola utilidad, como otros han hecho, la base del valor.¹²

En una ponencia, consagrada a Jevons, Marshall adujo la siguiente analogía: “Precisamente así, como el movimiento de todo cuerpo del sistema solar influye en el movimiento de todo otro cuerpo y se encuentra bajo el influjo del movimiento de todo otro cuerpo de este sistema, los elementos de la economía política se encuentran precisamente en esta situación.”¹³

11 *Ibíd.*, p. 246.

12 Marshall, A.: *Economics of industry*, Londres – Nueva York, 1890, p. 148.

Edgeworth tilda a este punto de vista de copernicano (“este principio de dependencia mutua puede denominarse de teoría copernicana de la distribución, donde toda variable determina a otra variable no más que otra variable determina, a su momento, a la primera”). Edgeworth estima que la búsqueda de la causa de los fenómenos económicos carece totalmente de sentido y es innecesaria. En su opinión, la disputa de si lo que determina la valía normal o natural son los costos de producción o la utilidad, es insostenible. Con igual éxito podría hacerse la pregunta que permite resolver la ecuación x o y , si dos incógnitas x y y son definidas por dos ecuaciones al mismo tiempo.

Bortkiewicz incluso considera posible hablar de un vuelco en el modo de ver el mundo, un apartamiento del “successivismo” (de *successivus*: consecuente, lo que corresponde a la explicación causal).

Furlan declara que la ley primera (*der erste Hauptsatz*) de la teoría del equilibrio económico es la siguiente tesis: “Todo lo que entra en la consideración de las magnitudes, es decir, las cantidades presentes [bienes – *I. B.*], las cantidades finitas, precios, funciones indexadas [está hablando de las curvas de indiferen-

13 Citado según el libro: Edgeworth, F. J.: *Application of mathematics to political economy. Papers relating to political economy*, vol. II, Londres, 1925, p. 276.

cia – I. B.], los coeficientes productivos dependen simultáneamente entre sí.”¹⁴

La argumentación de los matemáticos y angloamericanos es secundada por el economista burgués ruso Yurovski. Quien afirma que “no es casual la adición de la matemática - en particular en forma de cálculo diferencial e integral o geometría analítica - para resolver las tareas de la teoría contemporánea de los precios”¹⁵, pues “solo estamos en condiciones de expresar nuestras observaciones y conclusiones en forma de dependencia funcional. La utilización del análisis matemático ya ha rendido un servicio invaluable a la teoría economía, que la ha obligado a asimilar la única formulación de la cuestión que es lógicamente asequible.”¹⁶ Según Yurovski, “la teoría contemporánea de los precios expresa en forma de ecuación, de tal forma, la dependencia mutua entre los precios y algunas otras magnitudes económicas, sin apuntar a avistar un principio único, independiente de los precios, pero que los determine. Y en esta forma podemos considerar el problema resuelto, porque describir los fenómenos en ecuaciones cuantitativas es, al mismo tiempo, ‘explicarlas’ solo en todo el sentido científico admisible, pues la propia ecua-

14 Furlan, V.: *Wirtschaftliches Gleichgewicht*, “Handwörterbuch der Staatswissenschaften”, Aufl. 4, Bd. 8, Jena, 1929, S. 1055.

15 Yurovski, L. N.: *Ensayo sobre los teoría de los precios*, Saratov, 1919, p. 176.

16 *Ibíd.*, p. 78.

ción es un modelo de consideración puramente lógico.”¹⁷

No nos ocuparemos aquí de considerar la gran cuestión filosófica de la correlación entre los análisis causal y funcional. Es menester, no obstante, notar que en los subjetivistas la negación del análisis causal tiene un fundamento filosófico.¹⁸

17 *Ibid.*, p. 82. La idea del análisis funcional como método dominante de la investigación científica obtuvo una amplia difusión en tiempos recientes en distintos círculos de economistas burgueses. Citemos algunos ejemplos. Gonnard piensa que el principal mérito de los matemáticos es que ellos destacaron la idea de la dependencia funcional (Gonnard, R.: *Histoire des doctrines économiques*, vol. III, París, 1927, p. 338). Mitchell cree que el análisis causal es la consecuencia de los estadios más tempranos de desarrollo de la ciencia económica (Mitchell, W. C.: *Business cycles. The problem and its setting*, Nueva York, 1927, p. 55). Turgeon, autor de una gran obra de tres tomos sobre la valía, se coloca en el punto de vista de interacción (Turgeon, Ch.: *La valeur*, Etudes 1-3, París, 1925-1927).

18 Esta base es el idealismo subjetivo. El idealismo subjetivo es justamente la negación de la existencia del mundo exterior fuera del sujeto o que representa al mundo material como un engendro de las representaciones o pensamiento humanos, esto yace en la base del rechazo por los teóricos de la utilidad marginal del análisis de los entronques causales, de las leyes en la economía capitalista y la reducción de la economía política al estudio de la relación personal del ser

La idea de la interacción de facetas aisladas de la vida social, y en consecuencia, de elementos aislados de la economía, no ha sido negada por ningún teórico marxista. Engels, en su conocida carta a Mehring del 14 de julio de 1893, recalcó que en la base de todas las objeciones de Paul Barth y otros sobre el efecto inverso de la superestructura sobre la base yace “esta concepción corriente, no dialéctica de causa y efecto como polos opuestos de manera rígida, de la ignorancia absoluta de la interacción, esos señores olvidan con frecuencia y casi deliberadamente que una vez que un factor histórico que ha sido engendrado por otros factores económicos, vuelve a actuar también también a su vez y puede volver a actuar sobre su medio e incluso sobre sus propias causas.”¹⁹

En la vida económica puede encontrarse multitud de ejemplos de interacción. El valor, en cuanto se manifiesta inmediatamente en

humano con la cosa. El idealismo subjetivo coincide en los representantes de esta escuela con el burdo enfoque empírico en el estudio de las categorías económicas. La esencia del fenómeno permanece oculta para el idealista que niega la objetividad del mundo material, al igual que para el rastrero empirista que no ve la causa de yace en la base de los factores interactuantes. (*N. de la redacción a la edición de 1962*)

19 Marx, Carlos & Engels, Federico: *Correspondencia*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1973, p. 408.

precios mercantiles (por ejemplo, en los productos agrícolas) o mediatamente – a través de los precios de producción – entra a forma parte de la demanda. Esta última, en consecuencia, se encuentra en una dependencia perfectamente determinada del valor. Pero, por otra parte, los cambios en la demanda (por ejemplo, la reducción de la demanda en caso de crisis o depresión) pueden servir de estímulo para la introducción de tales o cuales perfeccionamientos técnicos, para la modificación de la técnica productiva. Los cambios de esto último, a su momento, provocan cambios en la productividad del trabajo, en consecuencia, llevan a alteraciones del valor. En ciertos casos (por ejemplo, en la agricultura, en caso de pasar a peores terrenos), incluso con una técnica inmutable, es decir, con modos de producción técnicamente invariables pueden cambiar los terrenos que regulan el valor, merced a los cambios en la demanda y, en consecuencia, puede cambiar la valía. Con base en esto, Marshall adujo la tesis de que en ciertos casos, cuando se incrementan o disminuyen los gastos de trabajo sobre una unidad de producción con la ampliación de la misma, la demanda ejerce una influencia directa en los precios “normales” (que se corresponden a los precios de producción). Esta tesis es sometida a un minucioso análisis en nuestro capítulo consagrado a Marshall. En todo caso, no hay duda de que la técnica ejerce un ascendiente en el valor, en su nivel y desarrollo ligado con la acción de distintos momentos, incluyendo, los

que tienen carácter histórico cultural. De esto se sigue, que multitud de factores pueden ejercer influencia directa en la magnitud del valor. Por eso, no hay nada sorprendente en que ciertos factores como, por ejemplo, la demanda, que condicionada por el valor influyere indirectamente, a su momento, al nivel del valor.

Al considerar los problemas de la causalidad ciertos economistas soviéticos combatieron sus representaciones mecanicistas y echaron por la borda al propio concepto de causalidad. Siendo así, lanzaron junto con el agua de la tina al bebé. Por supuesto, no es factible trivializar la concepción de las relaciones causa-efecto. Hegel también criticó esta trivialización. “Cuando – escribe Lenin – se lee a Hegel sobre la causalidad, a primera vista parece extraño que se detenga relativamente tan poco en este tema, amado por los kantianos. ¿Por qué? Porque, en verdad, para él la causalidad es sólo *una* de las definiciones de la conexión universal, que ya ha tocado antes, en *toda* su exposición, en forma mucho más profunda y multilateral; *siempre* y desde el comienzo mismo ha subrayado esta conexión, las transiciones recíprocas, etc., etc.”²⁰ Hegel consideraba imposible estimar que causa y efecto son dos categorías absolutamente distintas y ajenas una de la otra. “[De] este modo no se gana lo que él [Jacobi – I. B.] pretendía, habría resultado de

20 Lenin, V. I.: “Cuadernos filosóficos”, *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, p. 143.

una reflexión más radical sobre la naturaleza de la causa. Incluso en la causa *finita* y en su representación está presente esta identidad con respecto al contenido; la lluvia (la causa) y la humedad (el efecto) son la misma agua real. Con respecto a la forma, la causa (la lluvia) desaparece, por tanto, en el efecto (la humedad), pero entonces desaparece igualmente la determinación del efecto, el cual nada es sin la causa, y lo único que queda es la humedad no-diferente.”²¹ Precisamente así como, según Hegel, no puede ignorarse que la causa dada puede intervenir como efecto en otra dependencia causa-efecto y viceversa. Engels tuvo en cuenta esta idea cuando escribió al inicio de su *Anti-Dühring*: “... que causa y efecto son representaciones que no tienen validez como tales, sino en la aplicación a cada caso particular, y que se funden en cuanto contemplamos el caso particular en su conexión general con el todo del mundo, y se disuelven en la concepción de la alteración universal, en la cual las causas y los efectos cambian constantemente de lugar, y lo que ahora o aquí es efecto, allí o entonces es causa, y viceversa.”²² De allí se sigue que existe interacción entre causa y efecto.

21 Hegel, G. W. F.: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas [1830]*, Abada Editores, Madrid, 2017, p. 339 [traducción de Ramón Valls Plana].

22 Engels, Federico: *Anti-Dühring*, Grijalbo, CDMX, 1968, p. 8 [traducción de Manuel Sacristán Luzón].

Pero, de otra parte, no puede deducirse a partir de la existencia de la interacción entre causa y efecto la ausencia de la dependencia causa-efecto. La constatación de la codependencia no puede limitarse a los fenómenos aislados. Es necesario elucidar cuál de estos es el determinante, cuál fenómeno provoca otro fenómeno. El señalamiento de la codependencia puede servir de explicación exhaustiva solo en caso de que nos limitáramos al examen de categorías que coexisten simultáneamente, si al establecer los vínculos excluimos los conceptos de tiempo o sucesión, si excluimos del todo los procesos dinámicos. He ahí porque la categoría de interacción es insuficiente para explicar tales o cuales procesos. Los matemáticos transforman a la idea elemental de interacción en el principio metodológico más importante de su teoría e intentan explicar, con ayuda de este principio, todos los fenómenos de la economía. Al referirse a la interacción, Hegel escribió: "La interacción es ahora, sin embargo, la verdad próxima de la relación de causa y efecto, y la misma está, por así decirlo, en el umbral del concepto; pero es justamente por eso que no nos damos por contentos con la aplicación de esta relación, ya que la comprensión del conocimiento está por hacerse. Si nos detenemos a examinar un contenido dado solo desde el punto de vista de la interacción, este es de hecho un comportamiento absolutamente incomprensible; entonces, lidiamos solo con los hechos áridos y la exigencia de mediación, que es inicialmente de lo que trata la aplicación de la

relación de causalidad, vuelve a quedar insatisfecha. La insuficiencia en la aplicación de la relación de interacción, vista muy de cerca, es que esta relación en lugar de considerarse un equivalente del concepto más bien debe conceptuarse en sí y esto sucede porque un lado no se deja como algo inmediatamente dado, sino... que se lo conoce como el momento de un tercero, superior, que es precisamente el concepto.”²³ Hegel cita el siguiente ejemplo: “Consideremos, por ejemplo, las costumbres del pueblo espartano como efecto de su constitución [política] y, a la inversa, como efecto de sus costumbres, esta consideración puede, por lo menos, ser correcta... [no obstante] no comprenderemos ni la constitución [política] ni las costumbres de este pueblo...”²⁴. Lenin se solidariza plenamente con esta afirmación de Hegel.²⁵ En su *Resumen*, Lenin escribe: “Hegel subraya lo inadecuado y vacío del concepto *desnudo* de ‘interacción’.”²⁶ Plejánov también

23 Hegel, Georg Wilhelm Friedrich: “Enzyklopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse 1830”, *Werke*, b. 8, Suhrkamp, Fráncfort del Meno, 1986, p. 300.

24 *Ibíd.*, p. 302.

25 Aquí para Lenin, evidentemente, lo importante no es, ni de lejos, el concepto idealista hegeliano, sino la ley objetiva que subyace en la base del fenómeno. (*N. de la redacción a la edición de 1962*)

26 Lenin, V. I.: “Cuadernos filosóficos”, *ed. cit.*, p. 143.

es totalmente solidario con esta valoración de la categoría interacción: “*La interacción, indiscutiblemente, existe entre todos los aspectos de la vida social.* Lamentablemente, este criterio justo explica muy poco debido, simplemente, a que no ofrece indicaciones con respecto al *origen de las fuerzas interactuantes.* Si la misma estructura de Estado predispone el modo de vida sobre el cual ejerce influencia, es evidente que no es a aquella a quien este último debe su primera aparición. Lo mismo cabe decir también en cuanto al modo de vida; si éste ya predispone la estructura de Estado, sobre la cual ejerce influencia, es evidente que no es el modo de vida el que había creado la estructura de Estado. Para desembarazarnos de este embrollo, tenemos que hallar el factor histórico que había dado a luz, tanto al modo de vida del pueblo en cuestión, como también a su estructura de Estado, *creando con ello también la posibilidad misma de su interacción.*”^{27 28}

27 Plejánov, G.: “La concepción monista de la historia”, *Obras Escogidas*, t. I, Editorial Quetzal, Buenos Aires, 1964, pp. 17-18.

28 De tal modo, el marxismo niega tanto al enfoque empirista burdo como al que se reduce a la simple elucidación de los vínculos externos que yacen en la superficie de la realidad capitalista. Ambos enfoques son característicos en los economistas burgueses.

La economía política marxista estudia el entronque causal de los fenómenos, estudia profunda y multilateralmente la interacción dialéctica de los

distintos hechos, elementos y facetas de la economía capitalista. Pero esta no se limita al descubrimiento de los entronques causales, la interacción de los fenómenos, sino que devela las leyes que se encuentran en la base de las diversas aristas de la economía capitalista y determinan su desarrollo. (*N. de la redacción a la edición de 1962*)